

TRAGES RUSOS.



SEGUNDA SERIE — 1859.

AÑO XVII. 49.

Hasta el tiempo de Pedro el Grande todas las clases de la sociedad rusa, desde los soberanos hasta los aldeanos, habían permanecido fieles á su antiguo traje nacional. Pero la voluntad de hierro del czar impuso á las clases mas ricas los trages occidentales, y la antigua tradición, una vez interrumpida, cedió su puesto á las caprichosas revoluciones de la moda. Vióse entonces insensiblemente á la nobleza y á la clase del pueblo renunciar á cuanto podia recordarle el antiguo traje ruso. Catalina II, sin embargo, creyó deber lisonjear á la nacion en lo que esta mostraba tener gusto y afición por los usos de lo pasado, haciéndose representar en una medalla con el traje de las aldeanas de Kaluga. Muchas ciudades de lo interior pareció tambien que querian luchar algun tiempo contra las innovaciones, empero casi todos fueron cediendo poco ó poco al impulso general. Asi el viagero experimenta hoy cierta sorpresa al llegar á Forjok, ciudad situada á 160 kilómetros casi al Nordeste de Moscou. Puede creerse en cualquier otra parte que en Rusia. Sobre todo lo que llama su atencion es el peinado de las mugeres casadas. Llámase la especie de gorro con que cubren su cabeza *kokochnick*. Los *kokochnick*s de Forjok, como los de Kaluga y de Iaroslavl, tienen la forma de una media luna con las puntas levantadas en alto. En otros contornos se las lleva enteramente redondas.

En general, la parte anterior de los *kokochnick*s está adornada de perlas y algunas veces de piedras preciosas, notándose en sus estremidades ricas pasamanerías. Es muy posible que este gorro sea imitado del de las mugeres tártaras, al menos lo seguro es, que está muy en uso entre éstas. Segun el antiguo viagero Juan de Plan de Carpin, las mugeres tártaras llevaban en su cabeza una cosa redonda hecha de mimbre blanco ó de la corteza de un árbol, cubierta con telas encarnadas. En la preciosa obra de Cornelius Lebrum, se vé que el peinado y gorro de las mugeres tártaras de Astrakan era puntiagudo y parecido á una mitra, cuyas estremidades adornadas de perlas caian en trenzas: se llevaba cubierta, así como el rostro de las mugeres tártaras con un velo fino y blanco que los rusos llaman *fata*. El vestido de las mugeres rusas mas en uso y al mismo tiempo el mas antiguo es el *sarafan*. No tiene mangas y está cerrado por delante con botones de metal ó de plata. Se hace de telas mas ó menos bellas adornando las orillas y el centro con cintas ó pasamanería: muchas veces se le enriquece con un cinturón de seda, al que las amas de casa tienen costumbre de atar las llaves y llevarlas colgando. El *sarafan* redondo con muchas aberturas por detrás se llama *choubka*. Por encima del *sarafan* ó *choubka* se lleva tambien una especie de manteleta á la que se le añaden mangas en invierno y un capuchón que se llama *douchejreika*, las aldeanas esclavas de las antiguas provincias de la Rusia han conservado tambien el uso de estos vestidos tan útiles durante los rigores del frio.

EL CASTILLO DE ATIENZA Y DE PALAZUELOS.

(Conclusion).

Los dos Palazuelos permanecieron consternados sin atreverse á menearse del sitio en que se hallaban. Despues

de una pausa para dejar á los malvados el tiempo de alejarse, García se acercó al padre y al hijo.

—Señores, les preguntó en voz baja, ¿habeis comprendido de lo que se trata?

—De una accion criminal seguramente, respondió el conde, de una asechanza, tal vez de un asesinato.

—Lo habeis adivinado; pero ¿sabeis cuál es la persona que van á asesinar?

—Por lo que hemos oido debe ser un poderoso personage.

—Es don Juan II, rey de Castilla y de Leon.

Los dos caballeros se estremecieron.

—¡El rey! repuso el conde ¿os burlais? ¿Cómo el rey ha de salir á estas horas por el campo, solo y á pié?

—Nada es mas cierto; el rey debe hallarse en este momento en una casa cerca de aqui, en el arrabal. Su afición á la galantería, tan funesta para la gloria de su reinado, os explica fácilmente lo que puede hacer en semejante sitio. Sin duda va á tomar el camino de que habeis oido hablar á esas gentes, que cuentan con llevar adelante su empresa... Asi Dios va á castigar al rey de la inexorable severidad que ha usado con vos y con vuestra raza.

—¿Y qué importan yo y mi raza? dijo con dolor el conde; ¿qué somos nosotros cuando se trata de una vida como la suya? Por mi parte no dejaré que se verifique semejante crimen... Hablad, Rodrigo, hijo mio, ¿dejaremos al rey, á nuestro legítimo señor, al que tanto hemos ofendido, caer bajo el puñal de esos infames asesinos?

—¡Por Santiago! exclamó Rodrigo con no menos horror; si quereis vamos á cargar á esa canalla, y con la ayuda de la Virgen saldremos con bien.

—Tened cuidado, señores, dijo García; lo menos son doce las gentes que estaban ahí; están bien armados, y á pesar de vuestro ánimo y valor, podreis no salir con la empresa. Además, esta lucha hará ruido, las gentes de don Alvaro de Luna que recorren el campo acudirán, y el rey tal vez no apreciará vuestra adhesión.

—Sucedá lo que suceda, contestó el conde; ya me avergüenzo de ocultarme bajo tierra y en las tinieblas cual una bestia feroz; cumpliré mi deber con mi rey, y si perezco, Dios, que todo lo sabe y todo lo ve, me recompensará en la otra vida.

—Bien dicho, querido padre, añadió Rodrigo; yo iré con vos.

—Señores, les dijo García que estaba callado; pensad en los daños que os ha hecho el rey; que teneis vuestros bienes perdidos, arruinados y dispersos vuestros vasallos, y cómo se halla la noble casa solariega de vuestros nobles antepasados, de que con razon os mostrais orgullosos.

Y al mismo tiempo estendia el brazo hacia la cumbre de las rocas, en cuya altura estaba el castillo. Se podian ver á la pálida luz de la luna los grandiosos edificios del castillo dibujarse en negro perfil sobre el azulado cielo. El ojo de los dos caballeros, acostumbrado á la simetría de aquellas magníficas construcciones, notó bien pronto la funesta mudanza que se habia verificado en algunas horas. Habian desaparecido muchas de sus torres, y la magestuosa línea de su almenado muro presentaba grandes roturas. Sin embargo, la torre grande, la capilla y otras habitaciones de menor importancia permanecían todavia intactas: habia faltado el tiempo sin duda á los demoledores secundados por

la acción terrible de las minas, y el sol del día siguiente debía presenciar la destrucción completa.

—Halconero, dijo á la vista de aquel espectáculo el conde de Palazuelos dejando correr dos gruesas lágrimas por sus mejillas; ¿por qué me tientas así? Un abuelo del rey don Juan II había dado estos bienes á uno de mis abuelos en recompensa de sus buenos servicios; don Juan II me los ha retirado para castigarme de mis culpas. ¿Debo yo quejarme? No quiero pensar en esto: una ocasión se me presenta de deshacer mis entuertos para con mi soberano y no la dejaré escapar. Cuanto mas bajo he caído, menos debo temer esponer mi vida en semejante empresa... Hijo mío, Rodrigo, ¿estais preparado?

—Ya os sigo con toda mi alma, padre mío.

Brillaba un rayo de satisfacción y júbilo en el rostro del halconero, que no pudo menos de bendecir á Dios en voz alta al ver los sentimientos puros y generosos de los Palazuelos.

Volvieron á entrar un instante en la granja. Rodrigo, al ver que era necesario dejar sola y sin protección á donña Sol en aquel edificio solitario, experimentó alguna vacilación. La joven, sucumbiendo al cansancio, á las fatigas y á las emociones repetidas que había sufrido durante el día, se había dormido sobre la paja que la servía de asiento.

Favorecidos por esta circunstancia, salieron sin desperdiciarla por una puerta que daba á la calle principal de la población. Aquella calle se hallaba desierta; las construcciones abandonadas que la cercaban, proyectaban una densa sombra en el camino público. Deslizáronse los tres hombres con gran precaución á lo largo de las casas, y al llegar delante de una habitación mas grande que las demás, en la que brillaban luces en la ventana, el halconero murmuró en voz baja:

—No es demasiado tarde aun, el rey no ha salido.

A algunos pasos de allí, al pié de un árbol, se hallaba un hombre inmóvil que parecía inquietarse con su presencia, y por cuyo lado pasaron sin aparentar haberle visto.

—Sin duda es alguna centinela, dijo el conde cuando se hallaron á alguna distancia.

—Si, una centinela de los asesinos. Se trata ahora de apostarnos de modo que podamos socorrer al rey á la primera alarma. Venid.

Colocáronse detrás de unas matas en una hondonada, sitio que parecía enteramente hecho para una emboscada. Reinaba una profunda oscuridad, y parecía que el crimen podría verificarse fácilmente con todas las probabilidades de impunidad. Vió el halconero donde se hallaban apostados los asesinos, y se colocó con los dos señores de Palazuelos en un sitio donde no pudiera venderlos el reflejo de sus armas, iluminadas por la luna. Hacía ya algunos minutos que se hallaban aguardando, cuando un ligero ruido resonó del lado de la población, y casi inmediatamente se oyeron pasos rápidos. Pasó como una sombra y los pasos se oyeron hacia el camino hondo.

—El rey está vestido de brocado y lleva un gorro de terciopelo, dijo el halconero en voz baja, mientras que los demás llevan coseletes y casco de hierro: no olvidéis esto.

Bajóse la visera de su casco, y los dos caballeros hicieron otro tanto; despues los tres se precipitaron á la vez en el camino hondo con espada en mano. A pesar de las

matas que guarnecian el camino, se encontraban de trecho en trecho algunos claros donde penetraban los rayos de la luna. Así los caballeros veían la persona que seguían, aparecer y desaparecer á su vista. Si los asesinos hubiesen tenido paciencia para aguardar á que el rey estuviese en medio de ellos, hubiese sido difícil socorrerle á tiempo; pero en su criminal precipitación se apresuraron á mostrarse en un sitio descubierto, y al verles el rey se paró y sacó una daga que llevaba siempre consigo.

—¡Atrás, villanos! dijo con una voz que no revelaba miedo alguno; os equivocais sin duda, soy el rey.

—Eso es lo que buscamos, dijo una voz ronca y ébria, y se echaron sobre él.

Don Juan aguardó valerosamente el choque blandiendo su daga; pero ¿qué podía contra tantos enemigos? Al ir á verse cogido, oyó que decían detrás de él:

—Firme, señor... ya vamos nosotros.

En aquel instante, tres hombres cubiertos de acero se arrojaron entre él y los agresores. Estos se hallaban demasiado encarnizados para retroceder delante de sus adversarios, muy inferiores en número. Hubo una corta lucha, durante la cual una de las personas últimamente llegadas cubría al rey con su cuerpo, y los otros cargaban á los bandidos con extraordinario vigor. Saltaban mil chispas de las espadas y se oían los golpes de hacha sobre los cascos. Dos ó tres de los bandidos cayeron á tierra y los demás echaron á correr á toda priesa.

—¡Maldición! dijo al fin uno de ellos; ¡son caballeros! y huyó: el resto le imitó.

Al cabo de algunos segundos ya no se veían en el campo de batalla sino los muertos y los heridos. El conde, su hijo y el halconero dejaron de perseguir á los fugitivos por miedo de que su ausencia dejase al rey espuesto á nuevos ataques.

—¡Por Santiago, mis compañeros! dijo don Juan II apenas vuelto en sí de su sorpresa; habeis llegado muy á propósito y me habeis auxiliado con grande oportunidad.... Empero no hagamos ruido, importa conocer esos malvados.

El conde y su hijo arrastraron á la luz de la luna á dos de los bandidos que habían sucumbido en el combate. Uno de ellos era precisamente un aventurero que servía en el ejército, procedente de las gentes de Toledo. Apenas el rey hubo visto su rostro, cuando dió un gemido doloroso.

—Ya me lo temía, dijo; ya sé á quién pertenece ese bandido; sé quién ha puesto la daga en su mano... ¡Dios mío, qué crimen he cometido para que así me castigues!...

Ocultó el rostro en sus manos. Sus salvadores apenas se atrevían á hablar, llenos de respeto por aquel dolor de que tal vez sospechaban la causa. De repente se oyó galope de caballos del lado de la población: sin duda el ruido del choque de las espadas había alarmado á las guardias inmediatas, y corría gente hacia aquel sitio. Estremeciéndose el rey y miró curiosamente á sus defensores; pero tenían bajas las viseras.

—¿Quiénes sois? preguntó precipitadamente; ¿perteneceis á don Alvaro de Luna?

—No, señor, respondió el conde, somos vuestros.

—Mas me gusta eso, repuso el rey. Escuchad, no hay que decir nada de lo que ha pasado; no me conocéis, no me habeis encontrado, no me habeis salvado de esta ase-

chanza. Si os preguntan, responded que una riña fortuita, casual... ¿Me entendeis? Acordaos de mis órdenes.

Como el ruido de la caballería era cada vez mas claro y distinto, el rey se alejaba ya para no ser visto; mas de repente volvió atrás y les dijo:

—Un servicio tal como el vuestro, mis valientes compañeros, no debe quedar sin recompensa. Venid á verme mañana al monasterio antes de marchar; y á fin de hacerlos reconocer, me enseñareis esto.

Sacó de su dedo un anillo de oro y lo entregó al conde: despues de haberles vuelto á recomendar el secreto mas grande sobre lo que habia sucedido, tomó con rapidez el camino de la iglesia de la Santa Espina.

Por su parte García y los dos Palazuelos se apresuraron á meterse por medio de los campos para evitar la caballería que se acercaba. Lograron perfectamente su designio, y ocultos entre unas matas oyeron las exclamaciones de las gentes de armas que se habian detenido delante de los muertos y se deshacian en conjeturas sobre la causa de aquella alarma. Cuando quedó libre el camino, volvieron muy gozosos á la granja donde les aguardaba doña Sol. El conde pudo echar una ojeada sobre el anillo que le habia sido entregado por el rey en señal de reconocimiento de él y sus compañeros.

—¡Vive Dios! dijo; el rey en su precipitacion me ha devuelto precisamente mi propio anillo... Sin duda la casualidad.

—No hay casualidad, señor, interrumpió con severidad García; nada sucede en el mundo que no sea espresamente por la voluntad de Dios.

XV.

A la mañana siguiente al romper el alba, se hallaba el campo en movimiento para la marcha del ejército. Plegábanse las tiendas, cargábase en carros el botín, fruto del sitio, y todo se hallaba en movimiento y confusion.

El convento de la Espina presentaba tambien la imagen mas animada; caballeros, escuderos, pages y heraldos aguardaban con sus corceles la salida del rey. Este se hallaba en la sala del Capítulo que hemos dicho le servia de morada, con la cabeza baja y los codos apoyados sobre los brazos de su enorme sitial de encina esculpida, entregado á las mas crueles reflexiones.

Hallábanse tambien en aquella estancia algunos personajes de su corte; pero ninguno osaba turbar con indiscretas preguntas aquella sombría tristeza, y se comunicaban en voz baja las suposiciones que cada cual hacia con este motivo.

Hablaban y preguntaban á don Alvaro de Luna como la persona á quien consideraban la mas enterada de todo, sobre la extraordinaria tristeza del rey, que tan contento se mostraba el dia antes, y que debiera estarlo mucho mas despues de haber dado feliz cima á la empresa de apoderarse del castillo de Atienza.

Observaban los cortesanos incansables augures del semblante del rey, que aquellos accesos de tristeza se iban repitiendo con demasiada frecuencia en su augusto amo y señor. Recordaban las desavenencias entre el padre y el hijo, y protestando no quererse mezclar en los secretos que pudiera haber entre el rey y el príncipe de Asturias,

daban á entender mas, con sus maliciosas reticencias, que cuanto hubieran podido hablar. Despues, comentando en diferente tono la alarma ocurrida la noche última, preguntaban á don Alvaro de Luna la causa de aquel suceso que debiera conocer, como caudillo de todas las tropas reales.

—Yo no sé mas que vosotros, contestaba don Alvaro. Muchos hombres de la compañía de Toledo han muerto, en efecto, y otros han huido. Nada mas he podido averiguar; tal vez haya sido una quimera entre esos diablos de aventureros. Al pronto tuve sospechas de que el rey no era ageno á ese suceso; pero parece, señores, que me he engañado... Ahora poco, cuando he tratado de preguntarle sobre ello, me ha respondido bruscamente que no sabia de qué le hablaba, y desde aquel instante está sumergido en el mal humor en que le veis.

—Lo peor es, contestaban otros, que vamos á tener que cabalgar con el calor del dia, y el sol nos va á abrasar con las armaduras.

—El caso es, dijo don Alvaro de Luna, que yo tambien tenia que hablar antes con S. A.; pero me parece que no es muy favorable el momento para lo que tengo que decirle... Aqui viene el maestre de campo que viene á anunciarle que ya es tiempo de marchar, y mucho me temo que le dé un bufido.

En efecto, aproximóse el maestre de campo que acababa de llegar, respetuosamente al rey, y le dijo algunas palabras en voz baja. Don Juan II hizo un movimiento de sobresalto cual si saliese de un profundo sueño.

—Está bien, que aguarden, dijo con cólera volviéndose al otro lado.

Fijáronse entonces sus ojos en don Alvaro de Luna, que se habia aproximado á su vez, con aquella vaga espresion que anuncia la preocupacion. El favorito creyó ver en aquella mirada un estímulo para poderle hablar.

—Señor, dijo; quisiera tomar las órdenes de V. A. sobre...

Detúvose asustado por el fruncimiento de cejas de don Juan II.

—¿Sobre qué? preguntó el rey.

—Sobre el conde de Palazuelos y de su hijo, que no pueden menos de caer en mis manos de un momento á otro.

—Degolladlos... y dejadme en paz.

—Basta, señor: en cuanto al castillo, ya se han derribado algunos torreones y algunos lienzos de muralla; pero no sé si debo...

—Derríbadlo todo... y no me hableis mas de eso.

—V. A. no está en disposiciones pacíficas esta mañana, dijo don Alvaro con una sonrisa. Sin embargo, haré observar á V. A. que si se dismantela completamente el castillo, el feudo, que de él depende y que es muy rico en tierras y vasallos, perderá por eso mucho de su valor; y si teneis intencion de hacer merced de él á alguno de vuestros fieles servidores...

—¿A vos, sin duda, don Alvaro de Luna? ¿No es eso lo que quereis decirme?... sois tenaz, condestable en vuestras pretensiones.

Don Alvaro se sonrojó, empero no se dió por vencido.

—A mí ó á otro, señor, replicó don Alvaro, y creo que algun derecho tengo á los despojos de ese traidor de Palazuelos, y que me habeis visto esponer mi vida y he sido herido por conquistar ese castillo.

El carácter de don Juan II era sumamente débil, estaba acostumbrado á doblarse y no sabía resistir por mucho tiempo á las instancias de su favorito. Iba ya tal vez á ceder, cuando el maestro de campo volvió á presentarse de nuevo, y se llegó otra vez á hablarle en voz baja. Inmediatamente cambió la fisonomía del rey.

—Que entren, dijo con viveza. Apartaos un poco, señores, mandó á los que le rodeaban.

Los cortesanos se retiraron al otro extremo de la estancia, salvo don Alvaro de Luna á quien el rey conservó á su lado.

No pudiendo los cortesanos oír nada, mostrábanse muy curiosos por ver lo que iba á pasar.

Asombráronse del extraordinario favor que se dispensaba á aquellos tres caballeros que llevaba consigo el cuartel-maestre y deseaban conocerlos; empero se hallaban armados de todas armas y las viseras caladas.

Los recién llegados se acercaron al rey y doblaron la rodilla ante él.

—¡Hola! dijo éste, habeis querido mostraros con el mismo traje que en el momento de... Está bien, gracias á Dios tenemos buenos ojos y os reconocemos perfectamente. Ahora queremos ver el rostro de nuestros valientes amigos. Alzad las viseras.

Obedecieron en silencio.

—¡Por Santiago! exclamó don Alvaro de Luna, es ese condenado conde de Palazuelos con su malvado hijo y el mensajero que envió antes al campo.

El rey retrocedió dos pasos atrás.

—Debe haber aquí alguna equivocacion, dijo tartamudeando; yo esperaba ver á los tres caballeros que... que...

El conde presentó al rey el anillo que habia recibido de él la noche anterior.

—Señor ¿reconoceis este signo?

Don Juan II examinó distraidamente el sello y permaneció un momento pensativo. En seguida, cual si se hubiese avergonzado de su vacilacion.

—No pensamos renegar de una deuda sagrada, replicó en voz baja: conde, ¿os arrepentís de vuestros pasados extravíos? ¿Vuestro hijo y vos, estais prontos á renovarnos el juramento de fidelidad y á prestarnos nuevo pleito-homenaje?

—Con toda nuestra alma, señor, replicó el conde con un tono penetrado de respeto; suplico á V. A. que crea...

—Basta, dijo el rey.

Despues, volviéndose hácia los señores que se hallaban agrupados en el otro extremo de la estancia.

—Señores, dijo en voz alta, estábamos equivocados con respecto al conde de Palazuelos y su hijo; verdad es que por un momento han hecho armas contra nos; pero se han sometido cuando todavía podian resistirnos con gran daño nuestro. No creemos además rebajar nuestra dignidad real reconociendo que gran culpa nos ha cabido, en atencion á que por la malquerencia de algunos de nuestros consejeros (y miraba de reojo á don Alvaro de Luna) se han retenido al conde de Palazuelos sumas que le eran legítimamente debidas. Por último, sin querernos explicar mas, declaramos haber recibido de los caballeros de Palazuelos servicios tales y que pesan tanto en nuestro real ánimo, que no nos queda lugar á dudar de su fidelidad y adhesión á nuestra persona. Por consecuencia, les damos

plenamente por libres del cargo de felonía y traicion en que habian incurrido: les restituimos sus bienes y dignidades y hacemos la merced de volverlos á recibir por nuestros amigos. Además, á fin de reparar en cuanto esté de nuestra parte los perjuicios que han sufrido, mandamos que las cantidades á que son acreedores sobre nuestro tesoro real, les sean pagadas íntegramente en el mas breve plazo posible, aunque para ello tengamos que cercenar los gastos de nuestra real casa... Tendréislo entendido, nuestro tesorero.

Arrojáronse á los pies del rey los dos caballeros.

—¡Ah, señor! dijo el conde con voz sofocada por los sollozos, ¿cómo podré yo jamás reconocer tanta clemencia y tanta generosidad? El verdugo mata al criminal, la clemencia mata al crimen.

—Guardadnos religiosamente el secreto, dijo don Juan II con voz conmovida y les alargó sus manos que cubrieron de besos y lágrimas. Al levantarse, el rey vió al halconero García que se hallaba un poco retirado.

—Acércate, vasallo, dijo; aun no hemos pagado todas nuestras deudas. ¿Tú, prosiguió bajando cada vez mas la voz, eres el que en la noche última me protegiste con tu cuerpo contra los asesinos, mientras tus señores les cargaban tan briosamente?... Aun veo sobre tu armadura las mellas que hicieron en ella las puntas de las espadas y de las dagas... Vamos, habla, ¿cómo he de recompensarte?

—Señor, respondió García, todo lo que yo podia desear era que volviéseis vuestra gracia á mis nobles señores y amos: habeis llenado todos mis deseos.

Don Juan II hizo un movimiento de sorpresa.

—Teneis entre vuestros servidores, dijo el rey, en este simple vasallo, un modelo de desinterés que bien podrian imitar muchas gentes de nuestra corte. ¿Cómo llamais á ese valiente?

—Señor, replicó el conde de Palazuelos, volviendo hácia García su mirada llena de reconocimiento, un solo nombre podria convenirle....

—¿Cuál?

—El del ángel de nuestra guarda.

Esta respuesta era propia de escitar la curiosidad del rey; empero tenia grande interés en no suscitar recuerdos que pudieran atraer la conversacion sobre los sucesos de la noche anterior. Quedóse un momento mirando fijamente al halconero, y despues, anublándose otra vez su frente con la sombría melancolía que se habia apoderado de él desde por la mañana, levantó la cabeza y dijo á los circunstantes:

—Señores, vamos á marchar. Don Alvaro, debais quedarnos aquí para llenar una mision que ya es enteramente inútil; cuento llevaros en mi compañía para este viage. Conde de Palazuelos, vendreis á despediros de mí cuando vaya á montar á caballo... Marchad todos, dentro de media hora estad listos.

Y con un gesto lánguido despidió á todos los presentes.

Don Alvaro de Luna se hallaba entregado á la mayor desesperacion, al ver, no solo libres á sus enemigos, sino que se le escapaba aquel rico feudo de Atienza, que contaba haber añadido á los muchos que ya le habia concedido la generosidad de su soberano.

Apenas habia pasado media hora, cuando el rey habia bajado al pórtico del monasterio de la Santa Espina para montar en un fogoso corcel ricamente enjaezado, que tenían del diestro dos pages, y que ya impaciente pateaba en el

suelo. El rey marchaba apoyado en el brazo de don Alvaro de Luna, á quien habia hecho llamar pocos minutos antes. Don Alvaro llevaba radiante el rostro, de donde se podia colegir que su débil señor le habia dado una amplia compensacion al codiciado feudo; empero el rey se hallaba pálido, quebrantado, y caminaba con pena y trabajo.

Al verle las gentes del pueblo de Atienza le aclamaron vivamente, se descubrieron las cabezas de todos, y los clarines y trompetas dieron la señal de marcha; el rey lanzó un suspiro cual si aquel entusiasta recibimiento contrastase con el duelo que tenia su corazon. Sin embargo, escuchó con paciencia la corta arenga del Prior del monasterio y despues de haber pedido al religioso su santa bendicion, le dijo con bondad:

—Esperamos que en recuerdo de la hospitalidad que nos habeis concedido y á pesar de vuestra modestia, tendreis á bien cambiar vuestro título de prior por el de abad, y en lugar de capucha usareis en lo sucesivo de la mitra y el báculo pastoral, para lo cual cuidaremos de escribir inmediatamente á la Santa Sede.

Volviéndose despues á los que le rodeaban, vió entre ellos al conde de Palazuelos y á su hijo que se encontraban entre la muchedumbre de cortesanos y caballeros, y acercándose á él le protestaron de nuevo su fidelidad.

—Os creo, señores, dijo el rey con voz apagada por la disposicion de su alma; guardadme el secreto sobre los acontecimientos de la fatal noche.

El padre y el hijo se inclinaron, y don Juan II iba ya á despedirse, cuando el conde le pidió permiso para presentarle una persona que debia darle gracias por su generosidad, y que deseaba implorar su perdon y besar su augusta mano.

Al mismo tiempo hizo adelantarse á doña Sol, que se hallaba detrás de los monges, al lado de García. Llegóse la hermosa jóven, á quien la esperanza y la alegría habian dado nueva gracia y nuevo brillo en sus rosadas mejillas. Se hallaba tan bella que un murmullo de admiracion corrió entre los caballeros y cortesanos. Don Juan II, grande apreciador de la belleza femenil, pareció por un momento conceder treguas á sus pesares secretos: una sonrisa iluminó su triste semblante, cual el rayo del sol viene á iluminar algunas veces un cielo cargado de tempestuosas nubes.

—Habíamos oido hablar de esta valiente aragonesa; Por Santiago! añadió galantemente, tomando la mano de doña Sol, sois una señora que queremos siempre tener mas por amiga que por enemiga; y lejos de aceptar vuestros homenajes, estamos dispuestos á tributároslos.

Alzóla del suelo y no permitió que le besase la mano, cual se proponia aquella noble señora. Montó á caballo con presteza don Alvaro, se quitó su gorra, y saludando airoosamente á la muchedumbre, que repitió sus aclamaciones, metió espuelas al caballo y salió del patio del monasterio con ligereza seguido de su brillante comitiva.

En aquel mismo día el conde de Palazuelos, su hijo y doña Sol volvieron á instalarse en el castillo. Mucho debió de padecer su corazon á la vista de aquella noble mansion, destruida en gran parte. Algunos torreones habian sido enteramente arruinados por las minas; veíanse anchas brechas en los muros y las ruinas de la barbacana cegaban el foso. Los aposentos habian sido saqueados, y solo quedaban algunos muebles de difícil transporte: todos los objetos preciosos habian desaparecido.

Los señores de Palazuelos manifestaron su agradecimiento á García el halconero, que habia sido su providencia y su salvacion. Trataron de saber los medios de que se habia valido, atribuyéndolos á una causa sobrenatural, porque la impresion que la leyenda de los monges del monasterio de la Santa Espina habia dejado en su ánimo se acrecentaba á vista de la realidad. Entonces el halconero les refirió que todo era efecto de causas naturales, si bien conducidas por la mano de la Divina Providencia. El, diez años antes, al volver de una peregrinacion y al pasar un rio habia sido arrebatado por la corriente y habia perecido en el concepto de los que le acompañaban; empero arrojado mas tarde á una de las orillas, habia estado mucho tiempo enfermo y salvado de la muerte por unos piadosos aldeanos; al regresar al castillo de Atienza para reunirse con las gentes de su señor habia sido hecho cautivo por los moros y llevado á Granada, donde habia permanecido diez años. Habia obtenido su libertad y llegado tan en buena ocasion que pudo prestar los servicios que habia visto su señor. Criado en el castillo, hubiera sido á cualquiera otro que él, imposible el penetrar. Cuando jóven habia tenido á su cargo el cuidado de la capilla del castillo, y un día, ocupado en la limpieza de la bóveda, recorriendo los pilares, por casualidad habia tocado el resorte y descubierto aquella salida misteriosa ignorada de todos. Habíase guardado muy bien de revelar á nadie su descubrimiento, porque hubiera sido fatal para él. Dueño de aquel secreto, la necesidad de la conservacion del castillo hubiera tal vez hecho que sus dueños le hubieran privado de la vida para sepultarlo. Así es que en aquella época los mismos arquitectos que construian esas salidas misteriosas y ocultas vivian poco tiempo, para evitar el que pudiesen revelarlas. Aquel secreto le habia servido para entrar en el castillo despues de haberse enterado bien de cuanto pasaba en el campo del rey.

Despues de haberle oido el conde de Palazuelos, su hijo y doña Sol, se hincaron de rodillas y dieron gracias á Dios, que habia salvado su honor y su casa por medios tan sencillos y naturales como han visto nuestros lectores. García desde entonces, mas que un servidor de los condes de Palazuelos, fué su mejor y mas querido amigo.

XVI.

Han pasado siete años desde que fué medio destruido el castillo de Atienza.

El conde de Palazuelos, ayudado de todos sus vasallos, se habia dedicado á reparar los destrozos que habia ocasionado el cerco que habia sufrido aquella fortaleza por don Juan II y don Alvaro de Luna.

Habia conservado desde entonces las mejores relaciones con el rey, al paso que don Alvaro habia ido decayendo paulatinamente de la gracia de su soberano, que mas que un ministro veia en él un rival por lo crecido de sus riquezas y por la superioridad de su talento.

Don Juan II mandó un día un mensajero al castillo de Atienza, previniendo al conde de Palazuelos que con las lanzas que pudiese reunir fuese á buscarle á Burgos en donde se hallaria para pasar la Semana Santa, poniendo la mayor reserva para que nadie se apercibiese de la direccion que llevaba, y procurase entrar en el castillo de la ciudad á la caída de la noche. Esto era en 1453.

Don Juan II se hallaba resuelto á deshacerse de don Alvaro: en vano intentó en diversas ocasiones matarle, como aconteció en Valladolid en una comida que tuvo en el convento de San Benito, pues avisado el condestable, salió con sus gentes por una puerta falsa, y mas tarde, en una partida de caza en Cigales, á la que no asistió don Alvaro.

Este hombre altivo y orgulloso, conociendo que el principal enemigo que tenia y que continuamente le ponía mal en el ánimo del rey escitando su codicia, era el contador mayor del reino don Alfonso Perez de Vivero, hizo llamarle en la tarde del Jueves Santo á su casa de Burgos, y estando conversando con él en lo alto de una torre, lo hizo precipitar de ella, arrojando al mismo tiempo una de las barandillas del terrado que al intento se habia dejado desclavada para que á todos pareciese casual. Este asesinato aleroso y premeditado llenó la medida de la indignacion del rey.

Ya don Alvaro se habia apercibido de las asechanzas que continuamente ponía á su vida don Juan II, á quien tanto habia dominado y héchole mantener por él diversas guerras en Castilla, siendo ahora su mas terrible enemigo. Comenzó á tomar algunas disposiciones para precaverse de aquella desgracia, entre otras la de hacer trasladar á su fortaleza de Portillo dos arcas llenas de oro que tenia guardadas en el convento de San Benito de Valladolid, encomendando su custodia al alcaide de aquella fortaleza.

Viendo don Juan II que de todos los lazos que tendia á don Alvaro se escapaba, le llamó en la noche del Sábado Santo y le intimó que saliese de su corte; pero don Alvaro, que siempre ejercia ascendiente sobre él, y á quien cara á cara no se atrevia á negarle nada, le propuso dilatarlo á pretesto de que no quedase solo, ínterin venian otros caballeros para aconsejarle, tanto mas, cuanto que iba á emprender un viage á Navarra, comarcas donde tenia grandes enemigos, y que debia recelar de la conducta anterior que habia observado el monarca de aquel reino. Don Juan, para mayor disimulo, accedió á la peticion del condestable, y le encargó que le propusiese él mismo las personas que creyese conveniente llamar. Hizo aun mas; escribió delante de don Alvaro las cartas llamádoles, y varios mensajeros marcharon con gran prisa á buscarlos.

Al mismo tiempo que salian estos mensajeros, mandó secretamente otros mensajes para que apresurasen su entrada las gentes que habia sigilosamente llamado para tomar el castillo de Burgos, entre otras las lanzas que mandaba el conde de Palazuelos.

Un secreto presentimiento le advertia á don Alvaro, que no obstante las pruebas de cariño aparente que habia recibido de don Juan, debia salir aquella misma noche de Burgos; pero una huida repugnaba á su carácter altivo y valeroso. Llegó á su noticia que habian entrado algunas fuerzas aquella misma noche en el castillo, y mandó á uno de sus fieles escuderos, don Gonzalo de Chacon, para que fuese á decir al rey lo que sabia.

Turbóse el rey al oír lo que le decia el mensajero de don Alvaro. Comenzó á tartamudear sin poder formular en un buen rato una sola frase, pudiendo únicamente decir por último que los que habian llegado eran para la defensa del castillo, y que á la mañana siguiente se veria con el condestable y dispondrian lo que habria que hacerse.

Al volver el escudero Chacon á participar á su señor la

respuesta que con tanta turbacion le habia dado el rey, conoció ya éste que se tramaba contra él alguna cosa seria. Mandó ensillar los caballos y preparar su marcha; pero ya no era tiempo. A la media noche, el rey, con las gentes que habian entrado de refuerzo, don Alvaro de Estúñiga, y el conde de Palazuelos con mas de doscientos hombres, cercó la casa del condestable, que á pesar de tener consigo muy pocos hombres, hizo una tenaz resistencia que duró hasta muy avanzado el día. Don Alvaro pudo escaparse y salir de su casa por un postigo escusado; pero despues de haber andado algun trecho, le pareció vergonzoso huir y volvió á la casa, en donde con un seguro firmado por el rey don Juan II, que le ofrecia respetar su vida, su hacienda y las de las gentes que le acompañasen se entregó prisionero.

Antes arregló sus papeles, distribuyó grandes cantidades á sus eriaos y servidores, comió con el mayor sosiego, y montado en un caballo armado de todas armas, salia de su posada para presentarse al rey, que con el pendon real y los caballeros que le auxiliaban, se hallaba situado en la plaza de Burgos. No le permitieron salir ya de su casa; fué desarmado y constituido prisionero, no obstante el seguro que pocas horas antes habia firmado el rey de su propia mano y sellado con el sello real.

Preso el condestable don Alvaro de Luna, fué conducido á Portillo, y el rey marchó con las gentes que habia llamado, á Maqueda, Escalona y las demas posesiones que tenia aquel para apoderarse de sus tesoros. Estos castillos se resistieron con energia y vigor. Veinte dias hacia que don Juan II tenia cercada la villa de Escalona, y veia lo imposible que era el tomarla. Entonces conoció que mientras permaneciese con vida don Alvaro, sus fortalezas resistirian tenazmente: se habia visto tantas veces ya que el rey lo desterraba de la corte y al poco tiempo le mandaba llamar, que sus partidarios no desmayaban aunque le veian en aquel apretado lance. Entonces el rey juntó una veintena de caballeros en consejo, y juntos opinaron que debia de darse la muerte á don Alvaro. Sacáronle de la fortaleza de Portillo, donde se hallaba preso, sin anunciarle cuál iba á ser su fin; solo en el camino dispuso el rey que un fraile de la órden de San Francisco, fray Alfonso de la Espina, se hiciese el enconradizo y le anunciase su fatal destino, acompañándole hasta Valladolid. Al llegar allí, le llevaron á su casa, pasó toda la noche arreglando sus asuntos y preparando su ánimo. Al día siguiente subió al cadalso con pié firme, y con la mayor tranquilidad entregó su cabeza al verdugo, que se la cortó y la clavó en la escarpia que habia expofeso, permaneciendo allí espuesta á las miradas del público por espacio de tres dias. Aquel hombre tan poderoso, el rico-hombre mas opulento de Castilla, el señor de tantas villas y fortalezas, fué enterrado de limosna, y una vacía de un barbero, colocada al pié del cadalso, recibia las monedas de cobre que depositaba allí la conmiseracion pública.

Así pagó don Alvaro de Luna el poder que habia ejercido durante cuarenta y cinco años, y el haber sido el amigo constante y defensor de don Juan II, el cual le inmoló á su codicia.

Verificada la ejecucion de don Alvaro de Luna, á la que tuvo que asistir el conde de Palazuelos, al regresar éste con sus lanzas al castillo de Atienza, tuvo que pasar por delante

del cadalso donde se veía fijada en la escarpia la cabeza de su mortal enemigo.

Descubrióse la cabeza respetuosamente, y no pudo menos de decir:

—He ahí ese don Alvaro de Luna cuya gloria y fortuna escitaron tanta admiración y tanta envidia: ese don Alvaro que venció á los moros en Guadix y Figueras, á los ricos-hombres castellanos coaligados contra el rey, al príncipe heredero rebelado contra su padre; el que domó el orgullo de los reyes de Aragón y de Navarra!... ¿En qué han venido á parar todas esas victorias y todos esos triunfos? ¿En qué tanta opulencia, tanto poder?... ¡Ah! el *Eclesiastes* tenía razón al decir: *omnia vanitas*, todo es vanidad de vanidad!

Picó entonces de repente á su caballo, y seguido de sus vasallos, volvió al castillo de Atienza, en donde alocionado por el terrible ejemplo de don Alvaro de Luna, vivió aun algunos años en paz al lado de sus hijos, sin cuidarse mas de la corte, y dedicado únicamente á los ejercicios de piedad y de devoción, viendo cuán mal pagan por sus servicios á los hombres los reyes de la tierra, y cuán vanos son el poder, las riquezas y todas las cosas tan miserables de este mundo, comparadas con la eternidad á donde cada día le arrastraban mas sus largos años y los terribles pesares que durante ellos había recibido.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL DUENDE CRITICO DE MADRID.

I.

No voy á forjar intrincada novela, sino á referir verídica historia.—Por calles y plazuelas andaban los madrileños y madrileñas de bulla, aquí manteando peleles, allí poniendo mazas, acullá corriendo y saltando á porfía. Era el domingo de Carnaval del año de 1735, y gran muchedumbre rellena hacía donde están ahora el salon del Prado y el paseo de Recoletos, cuando apareció á la bajada de la puerta de Alcalá un corto destacamento de tropa, custodiando un preso, montado en un asno y sujeto con cuerdas y grillos, del cual acababa de hacer entrega el alcalde de un pueblo inmediato. Muchas voces clamaron porque se diese libertad al preso, y otras prorumpieron en silbidos é insultos contra sus guardadores. Silenciosos y sin hacer uso de las armas consiguieron pasar el puentecillo, que allí había sobre un arroyo prolongado entre las puertas de Recoletos y de Atocha; pero despues de trasponer aquella estrechura, unos lacayos del embajador portugués, señor de Belmonte, les amenazaron con apoderarse del reo, si lo pasaban por frente de la casa de su amo, quien la tenía á lo último de la calle de Alcalá, y donde ahora tiene la suya el marqués de Alcañices. A broma lo hubieron de tomar los de la escolta, mas los lacayos ejecutaron de veras su designio, y metieron al preso en el zaguan sin desmontarle del asno. Vanamente pugnaron los soldados por recuperar al preso, que imploraba misericordia, mientras los lacayos y el paisanaje

le resguardaban y defendían á una. Cuando el embajador de Portugal acudió á las voces, ya estaban fugitivos los de la escolta; y muy prudente depositó en el convento de Trinitarios Calzados al reo, ya que á su protección se había acogido, á sus lacayos despidió de seguida, con el fin de que su librea no embarazara el castigo del atentado, y sin demora lo puso todo en conocimiento del presidente del Consejo de Castilla.

II.

Entre los religiosos del convento de Carmelitas descalzos había uno de ilustre familia portuguesa y de capacidad é instrucción nada vulgares, consagrado á Dios tras de figurar con los que militaron durante la guerra de sucesión á favor de la casa de Austria. Don Manuel Freire de Silva llamóse en el siglo, y por fray Manuel de San José le conocían en el claustro. De la provincia de Navarra, donde tomó el hábito religioso, le trasladaron á la de Castilla la Nueva, despues de terminar los estudios y de servir diversos oficios. Con su buen talento y la finura de sus modales, captóse el afecto de las personas de mas viso de la corte de España, lo cual dió origen á que la de Portugal le escogiese por su agente secreto, al presentarse en Lisboa el año 1734. A su retorno á Madrid le encomendó el rey don Juan V agenciar las bodas de la heredera del conde de Villanueva con el hijo segundo de la duquesa de Veraguas, primera dama de la reina Isabel de Farnesio y la de mayor valimiento entre todas. Así obraba el monarca portugués celoso de que juntara poderosa grandeza el que se uniera en matrimonio á aquella joven afortunada, en quien debía recaer además el condado de Cadaval, opulentísimo de suyo, aglomeración que evitaba radicalmente casándola en Castilla, por inhabilitar una ley de aquel reino para las herencias transversales á las casadas con extranjeros. Llanísimo encontró fray Manuel de San José el camino á sus pretensiones, como que otorgándolas Isabel de Farnesio, lograría tener cerca de su hija doña María Ana Victoria, princesa del Brasil, un hombre de su mas íntima confianza. Sin embargo, sobrevino el tropiezo de parecerle natural al carmelita que la infanta portuguesa doña Bárbara, princesa de Asturias, interviniera en aquellos tratos, con beneplácito de la duquesa de Veraguas; nada afecta Isabel de Farnesio á la esposa de su hijastro, se opuso diciendo que no se necesitaba de tantos interlocutores; y ofendido el rey de Portugal de que se menospreciara de tal suerte á una hija suya, en desquite aceleró el casamiento de la condesita de Villanueva con el tercer hijo del marqués de Tavora, muy inferior al segundo de la duquesa de Veraguas, para hacer mas sensible el golpe. Nada sabía el embajador de Portugal sobre tales antecedentes, y así dió por terminado el lance entre sus lacayos y la justicia con la cuerda conducta que había observado. Mas no pasaron cuarenta y ocho horas sin que Isabel de Farnesio diera señales de aprovechar la ocasión de satisfacer su resentimiento contra la corte de Lisboa, y aun mas de prisa le soltara la rienda sin la circunstancia de hallarse á la sazón la corte en el Pardo.

Por la calle del Barquillo desembocaron tres compañías de infantería el martes de Carnaval á las nueve de la mañana, y bajando á la casa del embajador de Portugal la invadieron á bayoneta calada y redujeron á prision á cuan-